

un hombre tal vez, espiaba cauteloso cuanto en el fondo de la estancia acontecia.

La oscilacion cesó, sin embargo, y despues de una leve pausa, los pasos de Enriqueta se alejaron en direccion de las habitaciones interiores, perdiéndose al fin totalmente.

Todo volvió entonces á su anterior silencio.

Carolina, tambien, continuó en su agitacion cavilosa.

Reclinada su hermosa cabeza en el sillón, fijos sus negros ojos en los caprichosos frescos del techo, tendidos hácia adelante sus torneados brazos, entreabierta por la emocion su roja boca, de la cual se exhalaban á cada instante suspiros entrecortados, la jóven condesita del Ramal parecia en aquella actitud el génio de la contemplacion y del dolor.

Un suave perfume vagaba en torno á la pura vírgen, casto ambiente que tal vez derramaban sus lábios, como el jazmin que embalsama los céfiros primaverales en la risueña hora del alba: y este perfume, de que todo se impregnaba en aquel silencioso santuario del amor, tenia algo de divino, de santo, de celestial para la triste amante.

La luz, en aquel momento amortiguada, vertia sobre la jóven unas tintas de tal modo opacas y suaves, que dando un color fantástico á sus bellos contornos, parecia rodear su cabeza de una radiante aureola.

La imaginacion ménos soñadora y poética hubiese encontrado en aquel raro conjunto de una estátua animada y de un colorido exterior tan dulcemente monótono como el de aquella estancia, uno de esos cuadros que embelesan el alma y dejan huellas profundas en el corazón.

¡Triste cambio, formidable mudanza de los tiempos y de las sociedades en sus costumbres y en sus creencias!

Nuestra pluma parece resistirse hoy á trazar estas su-

blimes concepciones de la belleza ó de la virtud, que la generacion presente, que el moderno excepticismo, que la actual descreencia rechazan, como el ateo rechaza con indiferencia la idea sublime de Dios y de su divinidad, como el oido carnal del materialista rechaza toda percepcion armónica, insensible como es á las armonías y ajeno al éxtasis arrebatador de sus inspiraciones celestiales, de sus mágicos efectos en el corazon y en el alma.

¡Oh! hablar en esta época de semejantes afectos, atreverse á divinizar el sentimiento más tierno y grande de la humanidad, vale tanto como arrostrar el sarcasmo y la mofa de los que nada creen.

Decir, pues, en el corazon de una virgen no cabe otra aspiracion que esa sed devoradora de los placeres materiales que todo ha llegado á invadirlo, es lo mismo que si se afirmase que desde la tierra al cielo mediaba un breve paso, una insignificante distancia.

Es verdad que en todos los tiempos ha habido Heliogabalos y Nerones, para quienes la vida era tan solamente un mar de crueles deleites, una larga cadena de sensualidades groseras.

La materia, tratándose de ciertos seres, ha podido hacerse en todos tiempos digna de la celeste plaga que asoló á Sodoma y á Gomorra.

¡Cuántas Pompeyas y Herculanos contemporáneos merecerán la horrible suerte que cupo á aquellas dos populosas ciudades en que Priapo era el dios que una degradada sociedad adoraba con un furor digno en verdad de las mismas bestias!... ¡La lava de cien volcanes en combustion, no seria bastante á cubrir con su ardiente capa el inmundado sensualismo de ciertos seres que no tienen de humanos sino la forma, y cuya mision no parece ser otra que la de re-

producirse á manera de chacales, obedeciendo así eternamente á las leyes brutales de la materia!

Decimos que en todos tiempos ha habido hombres materialistas, y así en las edades primitivas, como en la Edad Media, como en la primera parte de nuestro siglo, los ejemplos han podido ser más ó ménos numerosos.

La preponderancia, la superioridad de la materia sobre el espíritu, es causa grande de la bestialidad carnal. Es cuestion de temperamentos á veces.

Pero lo que no ha sucedido jamás, lo que nuestros abuelos no hubieran podido creer, es que toda una generacion, toda una sociedad como la nuestra, estuviese dominada principalmente por ese cruel materialismo que ha llegado á arrojar en medio de la familia tantos excépticos, para quienes el cuerpo goza una gran supremacía sobre el alma.

De este modo las virtudes han venido á ocupar en el órden moral un puesto secundario; y no es ya extraño ver que una generacion raquítica se afane hoy en abrir el camino á una sucesion de pigmeos, raza enfermiza y degradada que no tendrá fuerzas siquiera para llorar en su misma cuna la endeblez que recibió en herencia.

¿Qué bien podrá legar á su hijo el ateo?

Los horrores del cáos.

Y á los suyos, ¿qué porvenir les dejará el sensualista?

Una infancia precóz de hastío, una fuente de goces fugaces y una vejez prematura, cuyas canas no tendrán ese brillo de la ancianidad venerable que, al inclinarse sobre la tumba, revelaba en nuestros antepasados ese más allá del cielo, que es la recompensa del hombre moderado que en sus mismas necesidades físicas ha sabido no empañar el

alma con la exageracion nerviosa y violenta del cieno mundanal.

Conociendo nosotros las tendencias de nuestros contemporáneos, no en su gran generalidad, afortunadamente, sino en su gran mayoría, cuando tocamos ciertas sublimes concepciones del espíritu, no lo hacemos sin un vivo temor á ese humor epigramático del que vé á través del pliegue que envuelve una casta beldad, la incitante forma, el contorno lascivo y las lujuriosas palpitaciones del deseo. Torpes ojos que irradiando eternamente un fuego impuro como el que produce la embriaguéz de ciertos séres embrutecidos, no contemplan jamás en cuanto ven otra cosa que el sucio alimento de una lascivia desenfrenada.

Nuestros lectores perdonarán que temerosos de incurrir en el ridículo á que con lamentable frecuencia se presta hoy el elogio de ciertas virtudes, procuremos sincerarnos en lo posible.

A aquellos que vieren una falta en nuestros escrúpulos, les pedimos anticipadamente su perdon por ella.

Hemos procurado siempre realzar á la virtud sobre el vicio, lo bello sobre lo malo, la luz sobre las tinieblas; y de aquí que algunas veces parezcan digresiones lo que tan solo es una protexta contra el espíritu materialista de esta otra mitad del siglo XIX.

Los vientos del Pirineo nos han traído paulatinamente un excepticismo tal hácia lo que son virtudes, que de día en día vemos correr progresivamente á nuestra sociedad en busca de una descomposicion moral que todo lo trastorne.

La mujer, emancipada en el extranjero hasta un extremo odioso, repugnante, ha adquirido inmunidades que pervierten su mision celestial cerca del hombre y de la fa-

milia: posee, tambien, derechos que dejan de serlo, desde que haciéndola árbitra de sus acciones la dan una idea de que la superioridad del hombre es una afrenta, un dominio tiránico y egoísta que aquel funda no más que en su reconocida fortaleza.

Desde que se ha lanzado por el camino de esa libertad equívoca, corre ufana y ansiosa de respirar un aire tan nocivo como el de su nueva vida; ignorando acaso que esa libertad es el gérmen desconsolador y pestilente del libertinaje...

No conoce que quien se emancipa así es el hombre, el cual, ansioso de no sujetar su capricho veleidoso á los lazos indisolubles, la dice con bárbaro egoísmo:—el rubor es una valla contra mi vario apetito: el consorcio llegaría á saciar bien pronto mi deseo; sé libre, y cuando mutuamente consigamos llegar al cansancio de nosotros mismos, tú y yo, indiferentes á nuestro pasado, renovaremos por nuevos y opuestos caminos la crápula del deleite.

Y la mujer corre, corre desatentada y en apariencia feliz, creyendo tocar con sus alas un cielo que es su infierno, buscando en su esfera de emancipacion engañosa, un objeto que llene sus aspiraciones infundadas...

Tal vez buscando su corazón, le encuentra sin latidos al fin de la jornada, y su mente, sin el cultivo de sanos principios, yace hueca é inaccesible á toda percepción del entendimiento.

Sér abandonado á los peligros de un porvenir azaroso, la inteligencia y el alma irá desapareciendo de él poco á poco, abandonándola hasta el punto de convertir su cuerpo en una materia inerte!...

Así, su libertad, convertida en cadena por la profanacion, sujetará su espíritu al imperio de los sentidos; y feliz

ella si al llegar á un estado tal de opresion, ha conseguido perder con su castidad la conciencia de su envilecimiento.

Pero si desgraciadamente conserva un rayo de su luz primitiva en el instante de apurar el último trago de la prostitucion, ¡ay de la infeliz, cuando comprenda cuán consolador es á la madre virtuosa descender á la tumba entre los dulces lazos de la familia!

Erial ingrato, árida tierra que no fecundizaron jamás los ricos manantiales del deber, encontrará tan solo en sus entrañas las ingratas cenizas de un placer inmundo.

El sentimiento de la maternidad no será, con el libre albedrío de la mujer, otra cosa que un vacío aterrador.

Un hijo del vicio tiene que avergonzarse de su origen.

La plegaria del hijo hácia la madre que jamás ha conocido los deberes, será una sarcástica maldicion.

Los descendientes, pues, de una raza de mujeres torpemente emancipadas de sus deberes, blasfemarán de su origen.

Triste sociedad aquella que al derribar tan sagrados vínculos, se avergüence de guardar en su corazon hasta el recuerdo del Paraiso.

Desconsoladora libertad aquella que imprimiendo en la frente de un sér débil el estigma de la indiferencia social, le conceda el horrible derecho de corromperse con varonil desenvoltura.

Por eso, repetimos, al hablar de esa pureza, de esa castidad que es la más rica joya en la mujer, una vacilacion, un temor fundado en experiencias amargas, corta el vuelo á nuestra pluma.

Pero á pesar de este escrúpulo tendremos por precision que ser fieles á la verdad de nuestra historia, trasmitiendo verdades que si á unos cuantos ilusos causarán una sonrisa

irónica, en cambio merecerán el aplauso y las simpatías de la gran generalidad de nuestros lectores.

. . . . .

Decíamos que la luz, en aquel momento amortiguada, vertía sobre la jóven condesa unas tintas de tal modo opacas y suaves, que dando un color fantástico á sus bellos contornos, parecia rodear su cabeza de una radiante aureola.

Su pensamiento continuó absorbiendo con apasionada tenacidad un recuerdo que á la vez infundia en su tierno corazon sensaciones indefinibles de amor y cuidados y zozobras infinitas, fundadas en el peligro á que acaso se exponia en aquellos momentos de inquietud el sér venturoso que así la conturbaba.

Un largo espacio de tiempo trascurrió desde que Enriqueta, con perplegidad inexplicable, abandonó la estancia.

Ninguna cosa notable distrajo entonces la atencion de la condesita del Ramal, ocupada exclusivamente en amononar dentro de su febril cabeza mil encontrados pensamientos, inspirados por la tenebrosa situacion que atravesaba el pueblo madrileño y por el demasiado patriotismo del valiente capitán D. Pedro Velarde.

## CAPITULO XXIX.

## Vision terrible.

Carolina no se apercibió ni de la extraña agitación que dominaba á su doncella, ni de que un zumbido singular empezaba á dominar su hermosa cabeza con sorda pesadumbre.

Al principio de haber notado algo, creyó aquella novedad resultado de su situacion agitada y de sus cavilaciones.

—¡Velarde no vienel!—repetia de cuando en cuando, con creciente inquietud y desaliento.

Y su abatido espíritu gemia á la vez cohibido por la ansiedad y la inaccion, causándola sensaciones muy superiores á su débil resistencia.

Hubo un momento en que creyó percibir un rumor como el que hace un cuerpo al variar una posicion en que ha estado fijo demasiado tiempo.

Era tan inmediato, y le sentia tan próximo, que súbitamente quiso incorporarse para mirar hácia el tapiz.

Una oscilacion de este la inspiró cierto instintivo estremecimiento de temor, que la hizo prorumpir en un grito comprimido.

Su inquietud llegó á un doloroso extremo, cuando sintió que su cabeza pesaba como si la dominára el calor de la fiebre.

Un entorpecimiento inexplicable respondió á las tentativas que hizo la jóven de consultar á sus fuerzas.

Quiso apoyar ambas manos en el sillón, y merced á un esfuerzo incorporarse.

Pero sus brazos como su cabeza, permanecieron embotados.

Una angustia cruel se apoderó entonces de su ánimo.

Aquel trastorno repentino, del cual no se explicaba la causa, la hizo concebir sérios temores.

Su razon, en medio de tan extraño y rápido desfallecimiento, parecia no abandonarla con facilidad; y prueba de ello era que el recuerdo de Velarde se fijaba más y más en ella, desde que su malestar aumentaba progresivamente.

Si el jóven capitán hubiese estado allí en aquel terrible momento, ¿no se hubiera apresurado á socórrerla con indecible y amoroso espanto, y ansioso de defender su vida contra la misma muerte, no hubiese corrido, gritado, en demanda de pronto socorro para la hermosa virgen de su pensamiento, para la reina de su corazón, para la que en un porvenir más ó ménos lejano debia de ser la dulce compañera de su vida?

Tales pensamientos cruzaban rápidos por su mente, mezclados con los que su grave situacion la sugeria, cada vez que su desfallecimiento cobraba proporciones más y más alarmantes.

Por fin llegó para ella un instante de horrible terror.

La cesacion de sus fuerzas, de su accion, en un principio ligera, se hizo absoluta, invencible.

Crejó que su hermoso cuerpo habia quedado como adherido al espacioso sillón en que yacia postrada.

¡Cosa extraña para ella! ningun dolor, ni siquiera mal-estar físico, indicaba la presencia de un padecimiento grave; y sin embargo padecia, padecia mucho, porque su espíritu distinguia como por intuicion que un fenómeno desconocido, inexplicable, fenómeno jamás sentido por ella en ningun tiempo, se obraba en todo su sér.

Sin olvidar por eso un solo instante á Velarde, mil veces intentó pronunciar el nombre de Enriqueta, para que la doncella, desapercibida sin duda de aquel suceso peligroso, corriese á socorrerla, pero como ya hemos indicado, su voz llegó á debilitarse casi al mismo tiempo que su cabeza.

La luz de la habitacion pareció últimamente como que se debilitaba por grados ante sus ojos, cuyos párpados apenas podian ya permanecer abiertos, por más que en abrirlos se esforzaba.

Como las últimas tintas del crepúsculo de la tarde se apagan, desvaneciendo la forma de los objetos que se destacan sobre el horizonte al verificarse ese fenómeno que separa el día de la noche, así tambien los objetos comenzaron á desvanecerse gradualmente ante su vista, medio velada por sombras indefinibles.

Aquel letargo indefinible fué creciendo, creciendo, sin que la condesita del Ramal pudiese explicar sus extraños efectos.

Por consecuencia del primer movimiento que habia hecho al sentirse indispueta, su cabeza quedó vuelta entera-

mente hacia el tapiz que cubria la entrada de la habitacion.

Sus miradas, pues, sin embargo de que iban amortiguándose hasta el punto de confundir los objetos, no se apartaban de la colgadura, tras la cual esperaba, con extraño alucinamiento, ver cómo aparecia ya un terrible fantasma de aspecto aterrador, ó el rostro salvador de su doncella, ó el de su adorado amante.

Así permaneció algunos minutos más, inanimada, fija, llena de angustioso terror; y ya su razon daba tambien señales de apagarse como sus fuerzas y su turbada vista.

De pronto un sudor frio y un estremecimiento, rápidos como una exhalacion, recorrieron su cuerpo.

Sus párpados, llenos de pesadéz, se dilataron con un inaudito y desesperado esfuerzo, y fijó una mirada intensa en el tapiz...

Una oscilacion ligera fué seguida bien pronto de otra en sentido inverso, y agitándose por último, reveló á Carolina que una persona permanecia tras la colgadura: y por la circunstancia de detenerse aquellas oscilaciones algunos instantes, como si se temiera descorrer los pliegues, conoció instintivamente la espantada jóven que semejante suceso no podia ser producido por persona de la casa.

La agitacion del tapiz se repitió con más insistencia.

Carolina creyó sentir, por los latidos presurosos y agitados de su corazon, que un gran peligro se ocultaba al otro lado de aquella débil barrera.

En medio de su letargo, y cual si la alumbrase un último destello de la razon adormecida, un presentimiento inspirado por el cielo, concibió súbitamente la idea de que su repentina indisposicion, su indefinible sueño, se relacionaban con el otro suceso misterioso que acababan

de revelarla últimamente las oscilaciones de la cortina.

De pronto los pliegues de esta se redujeron, como si una mano invisible los descorriese con particular cautela.

Un espacio negro medió en seguida entre uno de los extremos laterales del tapiz y el marco de la puerta de entrada.

Aquel espacio se ensanchó con visibles proporciones, y unos rizos negros, primero, y después la cabeza de un hombre, se destacaron sobre el fondo.

La condesita del Ramal arrojó un grito de terror, penoso, infinito; pero que solamente resonó dentro de su alma, y que no produjo eco alguno entre sus entreabiertos labios...

Su inmovilidad, su fijeza, su pesadumbre no se alteraron en lo más leve, al arrojar, digámoslo así, con la voluntad, aquel grito sin voz, ménos sensible aun que el leve paso del aire en un brumoso día del estío.

Por fin, el cuerpo á que correspondía aquella cabeza se dejó ver distintamente, adelantando con segura lentitud al centro de la estancia.

—¿Te atreves á reírte de mí ahora, bella condesita del Ramal?—preguntó el aparecido.

Estas palabras resonaron en el oído de Carolina como un eco de muerte.

Un zumbido como el rumor lejano que produce el choque de las olas en el mar, trastornó su cabeza.

Sus ojos se apagaron con la misma rapidéz que estalla una nube de fuego.

Entonces, la desventurada joven, cesó de ver y de sentir.

Cuando llegó á un perfecto estado de inmovilidad, su

respiracion, hasta aquel punto fatigosa y calenturienta, se hizo por grados uniforme, dulce, natural, tranquila.

El subido color de sus mejillas, producto de la fiebre que la habia dominado durante aquellas horas de ansiedad, tornóse rosado y natural, desvanecido en el leve trascurso de un minuto.

Una encantadora sonrisa desplegó sus lábios dulcemente, dejando entrever una brillante línea de marfil que causara envidia á la misma nieve.

En este estado, su sueño no tardó en parecerse al descuidado sueño de un niño que duerme en su cuna de flores, arrullado por el ángel que bate sus alas invisibles en torno de su cabeza.

El desconocido se detuvo á contemplar con profunda emocion aquel cuadro tan bello y digno del más delicado pincel.

A muy corta distancia de la dormida virgen, absorbía, dominado por una fruicion inexplicable, pero inmensa, poderosa, y apuraba en sus menores detalles con anhelante ardor, con cierta admiracion estática, el delicioso aspecto de una beldad realizada por la actitud infinitamente candorosa de un descuidado sueño.

Sobre aquel rostro hermoso se distinguia ese reflejo sublime y preciosísimo de la castidad, que hace de la mujer un ángel, y que siendo ciertamente su más preciada belleza, su belleza moral, su belleza del paraíso, la eleva en sus momentos de refraccion sobre la escoria mundana muy por encima de todo cuanto es carnal y profano en esta desventurada region de la materia que se llama mundo.

Nuestro singular aparecido buscaba en vano en la her-

mosa jóven ese fatal destello de fuego nervioso, que á tantos place encontrar en la mujer querida. Las delicadas facciones de la condesa, sus formas torneadas con virginal delicadeza, y su apostura recogida, bien á pesar del profundo letargo en que yacia sumida, rechazaban poderosamente las imágenes de la mente ca-lenturienta que tal contemplaba...

No es dable á nuestra pluma reproducir aquí lo que el desconocido no acertaba á darse cuenta, víctima como era en aquellos instantes de una sorpresa y de una emociion muy superiores á él; pues que así le habian convertido como en estátua y reducido á una inmovilidad contemplativa, cuyo dominio tampoco determinaba romper, temeroso acaso de que se desvaneciese su encanto con la rapidéz de un metéoro.

La jóven así, en aquella tranquilidad letárgica, pero acompasada y dulce, era para él como una tentacion.

Sin embargo, en la faz de aquel hombre se revelaba de un modo elocuentísimo, cierto sobrecogimiento, cierta agitacion semejante á la de un ratero que se introduce furtivamente en la apacible morada del honrado vecino.

En medio de su contemplacion, del irresistible encanto que sus ardientes ojos encontraban en aquella belleza entregada á merced de un profundo sueño, pero de un sueño involuntario; á pesar de la atraccion magnética de tanta belleza reflejada en el cuerpo de una mujer como la que ante sí tenia, de cuando en cuando estremeciase súbitamente, y volviendo atrás la cabeza, sus pupilas se fijaban con demasiada insistencia en la misma colgadura que acababa de ocultarle momentos antes.

Al más leve ruido que confusamente sonaba en la ca-

lle, á cada oscilacion de la opaca luz que alumbraba la estancia, un temblor convulsivo recorría todo su cuerpo, con un poder y una velocidad indefinibles.

De este modo trascurrieron cinco ó seis minutos, que ciertamente fueron para él de continua zozobra, y acaso no aventuramos mucho en decir que de íntimo remordimiento.

Pero despues cesó su agitacion como por encanto, sus ojos quedaron fijos en el rostro de la condesa del Ramal, y cesó por fin toda otra percepcion dentro de su alma que no se relacionase con el encanto de qué era presa.

Luego, y como si fuese movido por un resorte invisible, adelantó un paso tras otro, los que le separaban de la desventurada Carolina.

Esta continuaba en su absoluta inmovilidad, dormida con esa pesadéz que el beleño causa en la organizacion más resistente y vigorosa.

¿Qué es lo que intentaba aquel hombre tan súbita y extrañamente aparecido, y despues del singular accidente de que acababa de ser víctima la pura y virginal amante del noble artillero?

¿Qué intentaba en tal hora y en aquella actitud, que tanto se asemejaba á la de un sagáz y cauteloso bandido?

¿Es que pretendia robar á la jóven, asesinarla tal vez, arrastrado por una oculta venganza?

Pero no: en su mano visiblemente agitada y temblorosa, no se ostentaba el homicida puñal del matador aleve, ni en la expresion de sus miradas llenas de embriaguéz podia encontrarse ese reflejo del ódio que mueve el brazo de las venganzas sangrientas.

Adelantó, pues hacía Carolina, y se detuvo al pié del sillón en que yacía como desplomada.

El alucinamiento, la embriaguéz, la fascinación llegaron á su más alto grado, cuando su ropa se rozó con la seda de la bata de la jóven.

Por un momento sus pupilas pareció que rodaban estremecidas sobre la blanca órbita, y que pretendían encontrar en el vacío una fugáz vision que se llevara entre sus aéreos é impalpables dedos el alma del frenético personaje.

En esta situacion difícil de expresar, se inclinó rápido, y á la vez que cogía entre sus manos convulsas las manos torneadas y blancas de Carolina, se acercó cual si quisiera sellar con un beso de impuro fuego los entreabiertos y purpurinos lábios de la dormida jóven...

Ya el fresco aliento de esta lo sentia mezclarse con su ardoroso y entrecortado aliento.

Tal vez iba ya á profanar el sueño de la vírgen.

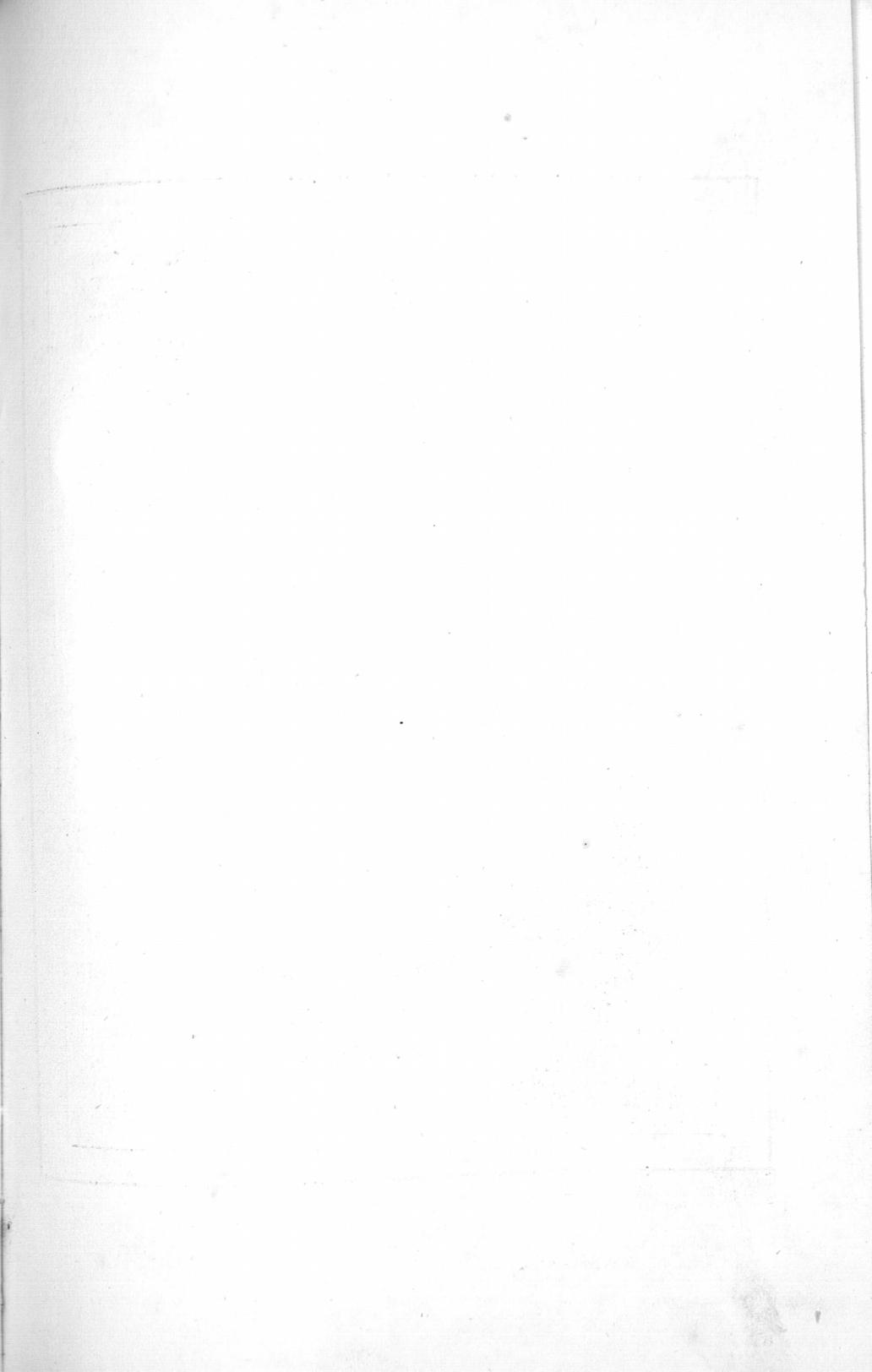
La impureza de sus intenciones era evidente.

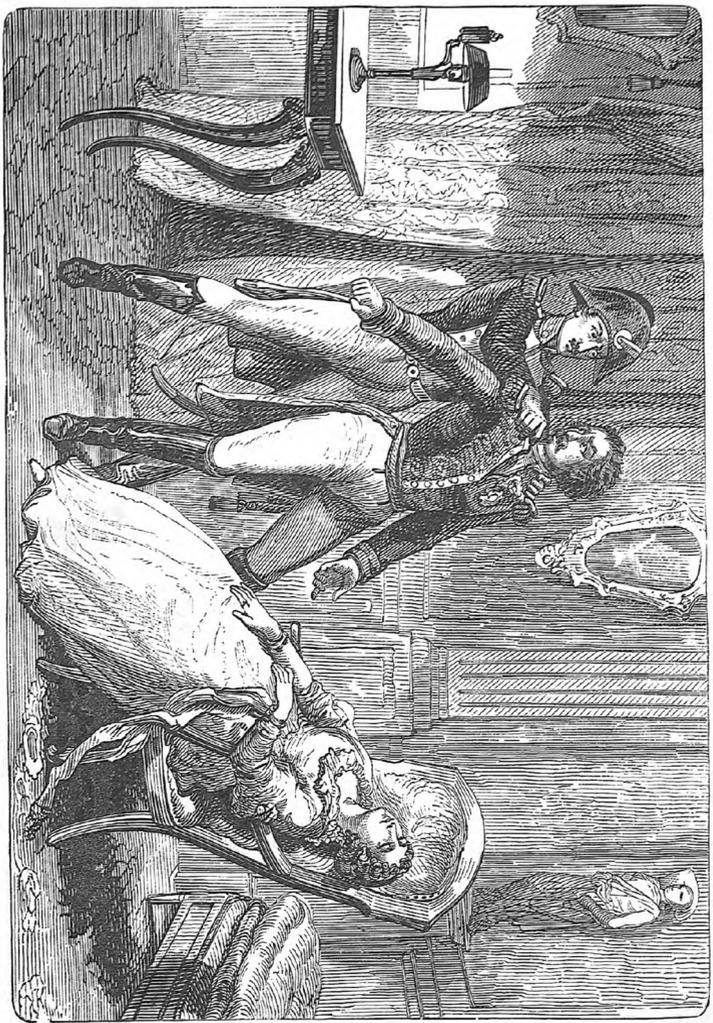
El peligro en que se hallaba la jóven hubiera estremecido al que, conocedor del inmenso tésoro de virtudes que la enriquecía, la contemplase en aquella situacion como á un alma pendiente de las infernales garras de Satanás.

Y ella ¡infeliz! no se despertaba para sustraerse del inminente peligro que amenazaba tal vez empañar el diáfano cristal de su honra inmaculada.

¡Tanta hermosura, tantas virtudes, tantas y tan risueñas esperanzas en un rico porvenir, verlas así expuestas á merced de un ladron de la más bella y codiciada prenda que puede hacer de una mujer un ángel!

¡Y nadie acudia presuroso á socorrerla, á salvarla de tan espantoso abismo!





!Atrási miserabile !atrási!

Decíamos que ya los inmundos lábios de aquel hombre que se arrastraba con toda la vil arteria de la culebra infame, aspiraban el dulce y perfumado aliento de la hermosa Carolina.

Un momento más, y la profanacion habria comenzado ya su obra execrable.

Pero de pronto un ruido sonó detrás de aquel hombre con tal estrépito, que le obligó á incorporarse con el azoramiento del terror.

Al mismo tiempo, y sin que aun le hubiese quedado el suficiente para volverse, sintióse fuertemente asido por su larga melena y arrastrado con poderosa violencia hácia atrás.

Una voz de trueno, voz terrible, voz iracunda y que sonó en el oido del criminal con el estrépito del trueno, exclamó subitamente:

— ¡General Belliard! Os habia creido hasta ahora simplemente un soldado soez; pero acabais de convencerme de que tambien sois de una condicion más vil y despreciable que el ladron que roba y mata en los despoblados... ¡Atrás! miserable ¡atrás!

### CAPITULO XXX.

La mirada de Dios vela sobre sus ángeles.

Belliard, pues no era otro el personaje de esta singular escena, se volvió con el sobresalto y el terror marcado en su desencajado y pálido semblante.

Sus ojos contemplaron con estupor el rostro amenazador del que tan inopinadamente le interpelaba.

Entonces, el mismo temblor convulsivo que algunos momentos antes habíamos observado en él, volvió á apoderarse de su cuerpo ante aquella especie de providencia que acudia al socorro de la infeliz condesa, cuya honra sin género alguno de duda acaba de correr tan funesto peligro, entregada como había estado á merced de un hombre doblemente poseído de un amor de Satanás y de un resentimiento el más ruin que puede caber en humanos corazones.

Primeramente la sorpresa de haber sido sorprendido, si se nos permite la paradoja, despues la conciencia de sus

criminales intentos, y por último, la mirada inflexible y amenazadora del salvador de Carolina, de tal modo sobrecogieron su ánimo, que durante mucho tiempo no fué dueño de sus acciones, y ni aun su turbacion le permitió articular en ningun sentido ni una disculpa, ni una amenaza que contrarestase al que de hecho podemos llamar su terrible adversario.

Sorprendidos nuestros lectores desde que les hemos revelado á Belliard en el cauteloso personaje que con rastros y modos parecia querer robar al palacio de la condesita del Ramal su más preciado tesoro, van á sorprenderse mucho más aún cuando les revelemos quién era el inesperado amigo que tan oportunamente se habia interpuesto á las asechanzas de un demonio y al descendimiento involuntario de un ángel.

El capitán D. Pedro Velarde, con los ojos inyectados en colérica sangre, el cabello erizado, las manos convulsas y la respiracion anhelante, apenas podia contener el arrebato de que se sentia poseído ante la incúca y abominable accion del general francés.

Habia sorprendido al odioso ratero alargando su inmunda gárrula, para apoderarse de lo que en el mundo constituia toda su riqueza y la felicidad de su vida toda.

Mas para explicar sencillamente esta coincidencia, preciso es que retrocedamos.

No es ya un misterio para nuestros lectores la compli-  
cidad de Enriqueta, la cariñosa doncella de Carolina, en el punible hecho que acabamos de presenciar.

Además, ya hemos asistido en ocasion bien reciente á la conversacion que Enriqueta habia tenido con el general Belliard, á propósito de la venganza que este proyectaba.

Entonces no habíamos querido proseguir en la narra-

ción de tan repugnante diálogo, porque nada afecta más nuestro corazón que esas alianzas de villano linaje en que se pretende atacar de un modo leve la honra ó la vida de un descuidado prógimo.

Ahora es inútil ya explicar, pues queda ya explicado suficientemente, el resultado de aquella conferencia en que el dinero, palanca vil pero incontrastable de todas las maquinaciones sociales, garantizaba á una miserable mujer la vida de un porvenir más miserable todavía, y á un hombre apasionado y vengativo el logro de infames propósitos.

Cuando llegó la hora decisiva, la convenida para el infame golpe, Enriqueta, frente á frente con el crimen, obligada á la más negra traición hácia su ama, sintióse poseída de un secreto é invencible remordimiento, remordimiento tanto más justificado, cuando la condesa del Ramal la había hecho constantemente objeto de su particular cariño, depositando en ella una confianza ilimitada.

Por uno de esos gritos de su misma conciencia no avanzada al crimen, la doncella no se decidió al principio á administrar á su ama, la dosis de ópio que sin esfuerzo habrá comprendido el lector había dado á la condesita del Ramal, en el agua que está se bebió con avidéz febril.

En el momento de proponer Belliard un medio semejante Enriqueta se estremeció.

A haberse tratado de un envenenamiento, seguramente hubiese resistido á las sugerencias del general francés; pero cuando este le aseguró sin esfuerzo de que únicamente trataba de adormecer á la jóven condesa, entonces Enriqueta se decidió á ser cómplice en la trama.

Suministró, pues, el indispensable narcótico.

Arrastrada más y más por los consejos é instancias de su amante el portero, que miraba á su ama con particular

ojeriza, pagándola con ingratitud inicua todos los favores por él recibidos, Enriqueta se fijó para no desmayar en su empresa, en que su boda con Blas pendía de la más pronta ejecución de los tenebrosos planes de Belliard.

Además, el general la había asegurado aquella noche misma de que disponiendo como disponía S. M. el emperador de tan extraordinario poder dentro de la misma España, ni ella ni Blas se verían expuestos á ningun género de pesquisas ni de peligros.

Blas y Enriqueta convinieron que en el momento mismo de dar el golpe, abandonarían el palacio de su ama, sustrayéndose á que el jóven amante de la condesa, llegando acaso en hora fatal, sorprendiese la trama.

Firme en esta resolución, Enriqueta, despues de haber servido á la condesa el agua que esta la pedia, y en lugar del chocolate, fué el medio de dar con seguridad el golpe, se dispuso á huir.

Al llegar á su dormitorio tomó de sobre su cama una bolsa llena de dinero, y la examinó, abriéndola con ansiedad codiciosa.

Era el dinero que Belliard la había dado un poco antes de conducirle hasta dejarlo situado tras el tapiz que le ocultaba á los ojos de la condesita del Ramal.

Despues bajó con prontitud las escaleras, y se encaminó al zaguizamí donde la esperaba impaciente su amante el portero.

—¿Está ya todo?—preguntó este.  
Enriqueta, sin alientos para responder, é indicando á Blas la puerta de la calle, satisfizo la curiosidad del mise-

rable levantando en alto la bolsa y haciendo sonar el oro que contenía.

—¡Vamos, pues al momento!—dijo el portero tomando un lio que al efecto tenía ya hecho y apoderándose á la par del dinero que el general francés había dado á Enriqueta, en recompensa de su infame complicidad.

Los otros dos sirvientes de la casa, no acostumbrados al servicio inmediato de su señora, estaban muy lejos de imaginar siquiera el horrible peligro que la amenazaba; y ocupados en sus quehaceres, ni siquiera se apercibieron de la rápida desaparición de Enriqueta.

Esta ya en la calle y despues de haber avanzado algunos pasos se detuvo súbitamente.

—¿Qué es eso?—le preguntó Blas.

—Se me ocurre una duda,—respondió Enriqueta.

—Dímela pronto, pero no perdamos el tiempo así parados: podemos andar y hablar á la vez.

—No, precisamente es lo que yo no quiero, Blas.

—¿Que no quieres andar, dices?

—Precisamente.

—¿Estás loca, Enriqueta?... ¿Sabes tú bien á lo que te expones, si, como es muy probable, descubren los demás lo que está pasando ahora, ó llega de pronto el capitán?...

—Pues á pesar de todo esto, yo quiero detenerme.

—¿Será posible que te ocurra una idea tan estrofa-laria?

—Sí, Blas.

—¿Querrás tal vez volverte á casa y exponerte á lo que suceda?... No, de ningun modo, yo no podré consentir en semejante locura: vámonos, pero vámonos pronto y déjate de tonterías.